

Alan Riding reconstruye el comportamiento de artistas, escritores e intelectuales franceses durante la ocupación alemana

París bajo los nazis

JOSEP MASSOT
Barcelona

Hubo una época en la que los grandes intelectuales tenían tanto prestigio que se les respetaba como conciencia moral de un país. Zola perdió su hacienda por defender a un oficial judío de una injusticia, Unamuno perdió su cátedra y muchos otros fueron torturados y asesinados por defender sus ideas. ¿Qué hicieron los intelectuales franceses que se quedaron en París durante la ocupación nazi? Ensayistas como Robert O. Paxton y Herbert Lottman, autores como Ernst Jünger (contaba las veladas parisinas con Picasso y Sartre) o cineastas como Max Ophüls y Louis Malle ya señalaron las contradicciones de quienes navegaron entre el colaboracionismo, la resistencia y el instinto de supervivencia.

Alan Riding, nacido en Brasil de padres británicos y corresponsal durante doce años de *The New York Times* en Europa publica un libro-reportaje sobre el comportamiento del mundo de la cultura francés entre 1940 y 1944. El título resume su conclusión: *Y siguió la fiesta* (Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores), con el ejemplo de Mitterrand como paradigma: afín a Vichy al principio y adicto a la resistencia al final. El autor del libro cree que los intelectuales tienen que ejercer un lideraz-

El ejemplo de Mitterrand fue sintomático: afín primero a Vichy y después a la resistencia

go moral en tiempos turbulentos, aunque en realidad “se comporten de forma tan valiente o con la misma deplorable debilidad y cobardía que cualquier otro mortal”.

Riding supone inteligente al lector y expone sin emitir juicio alguno la información recabada en hemerotecas y en entrevistas con supervivientes de la época. “En inglés decimos ‘not everything is what it seems’. No todo es lo que parece. Cada persona es distinta y tiene sus propias complejidades”, comenta. Y cita una frase de Anthony Eden, ministro británico de Asuntos Exteriores durante la guerra: “Quien no ha pasado por los horrores de una ocupación por parte de un ejército extranjero no tiene derecho a pronunciarse sobre lo que hace un país que sí ha pasado por ello”.

“Artistas, escritores e intelectuales –dice Riding– tuvieron que hacer difíciles elecciones: quedarse en Francia y permanecer en silencio; quedarse y trabajar en asociación con los nazis; colaborar con el régimen de Vichy y la potencia ocupante; unirse a la resistencia armada; dejar el país y actuar desde el extranjero o dejar el país y empezar una nueva vida. Tanto los alemanes como la mayoría de los franceses querían que la vida cultural continuase: los alemanes para demostrar que la vida diaria era, de hecho, normal; los franceses para autoconvencerse de que, aun derrotados militarmente, seguían siendo culturalmente superiores a los nazis”.

Hubo de todo y la situación fue cambiante según los acontecimientos de la guerra. Muchos artistas emigraron a



Hitler, con el arquitecto Albert Speer y el escultor Arno Breker, en París

Nueva York, otros, como Derain, Vlaminck o van Dongen se prestaron a exponer sus obras en Berlín invitados por Goebbels. Editores como Jean Paulhan fueron activos antinazis, mientras Gallimard no tuvo inconveniente

en editar la *Nouvelle Revue Française* dirigida ahora por Pierre Drieu de la Rochelle, uno de los escritores que se dejaron seducir por la mística nazi –como Céline, Montherlant o Brasillach–: aunque el autor de *Fuego fatuo* salvara la vida a amigos izquierdistas, como al propio Paulhan. De hecho, hay quien sostiene que el fascismo nació en Francia –Barres y Maurras– y no en Italia.

Riding detecta “un enorme vacío mental y político en la Francia de preguerra, llena de descreídos de la III República, sin ninguna fe en unos políticos que, creían, no estaban en el poder para gobernar sino para servir a sus propios intereses. Por eso buscaban soluciones utópicas en los ismos, desde el fascismo al comunismo”. En 1939, los republicanos españoles tuvieron que huir de la España franquista. En 1940, los franceses quedaron atónitos con la fulminante derrota de su ejército y la aparición del anciano Pétain diciendo que les iba a proteger, mientras el Partido Comunista –la URSS había pactado con Hitler– daba la orden de permanecer en suelo francés, incluso después de la invasión de Rusia.

Sartre, que después construyó el relato del francés resistencialista, estrenó dos piezas y publicó tres libros durante la ocupación. De Camus se llevó a escena una obra. ¿Y Picasso? Según Riding, “estoy convencido de que quedarse en París fue un acto de valentía”. Aunque no está demostrado que cuando los nazis le pidieron si el *Gernika* lo había hecho él, Picasso contestara: “No, lo habéis hecho vosotros”.

El oprobio del antisemitismo francés

■ La noche parisina siguió brillando bulliciosa con el champán y los manjares que ponían los alemanes cuando el resto de la población tenía hambre y frío. Muchos pasaron por alto –y siguen haciéndolo hoy– las purgas antisemitas y los crímenes contra los judíos. La depuración fue bien recibida en la industria del cine, hasta entonces copada por los judíos. El primer momento de inflexión fue cuando Alemania atacó la URSS en 1941. A medida que los aliados empezaron a ganar posiciones –desembarco en África, derrota de Stalin–, los franceses se animaron a organizarse en la resistencia armada y cultural. Los colaboracionistas de primera hora fueron, al final, los que más chillaron pidiendo pena de muerte a los intelectuales pronazis.

Llàtzer Moix



Esclavo de la imagen

Más calvo, más hinchado, más amarillo. Así describe la prensa a Hugo Chávez. No es un aspecto como para lucirlo, pero el presidente venezolano sigue prodigándose en los medios. En verano reconoció que padecía cáncer. Ahora considera que debe aparecer en la tele a menudo para negar la gravedad de su dolencia. Aunque salga más calvo, más hinchado, más amarillo. Aunque su imagen desmienta sus palabras.

La enfermedad no se presta a muchas bromas. Molière lo bordó en *El enfermo imaginario*, pero por regla general el quebranto ajeno no invita al chiste ni al cotilleo. El caso de Chávez es distinto, porque es el propio caudillo venezolano el que se empeña en hablar de su enfermedad, de su supuesta levedad, impidiéndonos ignorarla. Y porque resulta muy atractivo para los estudiosos de la cultura de la imagen. El día –esperamos que lejano– en que Chávez deje este mundo, las escuelas de comunicación dispondrán de una vida merecedora de análisis y reflexión.

Hace ya muchos años que los políticos cultivan su imagen lo mejor que pueden. John F. Kennedy tenía que hacer pocos esfuerzos; la vida le había sonreído y él sonreía a la vida, a los fotógrafos, con naturalidad. Algunos, con un pasado más oscuro pero con ansias de poder meridianamente claras, meten la pata cuando recurren al bótox para rediseñar su imagen: comparen las últimas fotos de Putin con las de hace un año, y ya me dirán. Otros, que en su día se embarcaron en una explotación intensiva de su imagen pública, se hallan ahora, cuando lo que les sucede ya no es para verlo, ante un terrible dilema. O corrigen su estrategia y desaparecen (admitiendo implícitamente la gravedad de su estado) o siguen tal cual (con lo que ya no exhiben vigor, sino flaqueza).

Chávez ha elegido la segunda opción. El hombre que ocupaba el *prime time* de la tele venezolana (cada domingo, du-

Chávez puede acabar siendo el primer jerarca que muere en directo y sano

rante seis horas) con su programa *Aló, Presidente*, que vestía colores llamativos, y que con tal de sumar apariciones mediáticas era capaz de expropiar fincas en directo, montar pollos diplomáticos o amenazar al vecino con un conflicto bélico, afronta ahora el cáncer como el esclavo de la imagen que es. Primero lo anunció urbi et orbi. Luego prodigó imágenes tomadas en Cuba, donde recibía quimioterapia y rivalizaba con Fidel en materia de chándals. Y, desde que se rumorea que el tratamiento no funciona, multiplica sus apariciones en la tele, simulando que juega a béisbol, regalando neveras a los pobres o saludando a dignatarios extranjeros. Le da igual la relevancia del acto que preside, siempre que parezca proclamar su salud y se desarrolle ante el objetivo de una cámara insomne...

A este paso, Chávez puede acabar protagonizando una hazaña sin precedentes: ser el primer jerarca que muere en directo y sano.